Camino de Belén

Jesús María Miranda Erro

Ilustraciones de Álex Herrerías



verbo divino

CAMINO DE BELÉN
© Editorial Verbo Divino, 2024

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: +34 948 55 65 11
www.verbodivino.es | evd@verbodivino.es

1ª edición, 2024

Textos: © Jesús María Miranda Erro

Ilustraciones: © Álex Herrerías

Diseño y maquetación: Equipo diseño EVD

Impresión: Gráficas Estella, Villatuerta (Navarra)
Impreso en España – *Printed in Spain*

Depósito legal: NA 1757-2024

ISBN: 978-84-1063-070-3 (edición rústica)
ISBN: 978-84-1063-083-3 (edición cartoné)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Presentación 9

Día 1 Un comienzo inesperado 10
Día 2 José de Nazaret 14
Día 3 Una estrella 18
Día 4 Gaspar el viajero 22
Día 5 Baltasar 26
Día 6 Isabel 30
Día 7 El árbol 34
Día 8 María 38
Día 9 La Corona de Adviento 42
Día 10 El belén 46
Día 11 ¿Dónde encontramos a Dios? 50
Día 12 Luces 54
Día 13 Tres regalos 58

Día 14 Paciencia 62
Día 15 *Gaudete!* 66
Día 16 La carta 70
Día 17 El bosque 74
Día 18 De Nazaret a Belén 78
Día 19 De posada en posada 82
Día 20 Hacer el bien 84
Día 21 Mirar el corazón 88
Día 22 Pastores 92
Día 23 Villancicos 96
Día 24 Nochebuena 100

Presentación

El Adviento es la primera etapa del año cristiano. Es el tiempo en el que nos preparamos para celebrar el nacimiento de Jesús y, a la vez, reforzamos el convencimiento de que el Señor siempre viene, nos visita, se hace cercano... y volverá al final de los tiempos para acogernos en su abrazo.

Camino de Belén cuenta historias para leer en Adviento y Navidad. También cuenta días: a modo de calendario, pueden leerse uno a uno desde el comienzo de diciembre hasta Nochebuena y hasta la celebración de la Epifanía (Reyes), aunque también admiten otros ritmos de lectura que nos lleven a profundizar en la vivencia de la Navidad. Son 24 breves lecturas, una por cada jornada que va pasando, centradas en el mensaje del Adviento y su sentido cristiano.

Los textos están destinados a niños y niñas, y también a sus familias. Se han escrito para *ser leídos* a quienes tienen 7-8 años (como el «cuento de buenas noches»), para *ser leídos* junto a quienes ya tienen 8-9 años, y para que *los lean* (y los recreen) niñas y niños de 10 años en adelante. Pero estas son solo unas indicaciones, nada más.

Las ilustraciones que acompañan a los textos también cuentan... en ambos sentidos: cuentan mucho para que cada narración vuele más allá de las líneas escritas; y cuentan, narran, hablan del Adviento sin utilizar palabras.

De todas formas, estas páginas no pueden ofrecer lo más importante: la posibilidad de pensar o de charlar un rato sobre lo que cada lectura y sus imágenes nos han sugerido. Eso ya le toca a quien ha abierto el libro y va *Camino de Belén*...

Día 3

Una estrella

Hay personas que saben mirar siempre más allá. Y más arriba.

Melchor era así. Cuando le pasó esto que vamos a contar ahora ya era un poco mayor, que en su caso quiere decir que era muy sabio, porque había aprovechado los años para preguntar y aprender. Mucha gente mayor es sabia.

Melchor era astrólogo. Desde la terraza de su casa observaba los planetas, las estrellas, los cometas... o sea, los astros. Sabía mucho de constelaciones y todas esas cosas. Como la palabra «astrólogo» es bastante difícil, muchos le llamaban «mago». También porque para algunos conocer el movimiento de los astros parece cosa de magia.

Melchor vivía en Persia, un país muy hermoso. Por eso habrás oído decir que era de Oriente, porque si miras en un mapa antiguo en el que salga Persia, verás que está al Oriente de Europa.

Un día, o mejor, una noche, mirando al cielo vio aparecer una estrella que no conocía.

—¡Qué raro! —se dijo—. Esa estrella parece nueva, antes no andaba por ahí.

Es que las estrellas se mueven, pero siempre están ahí. Como dijo Melchor, es muy raro que una aparezca de repente.

—Voy a contárselo a mi amigo Gaspar, a ver qué le parece.

Su amigo Gaspar era otro astrólogo que vivía no muy lejos de allí. También lo comentó con su hija:

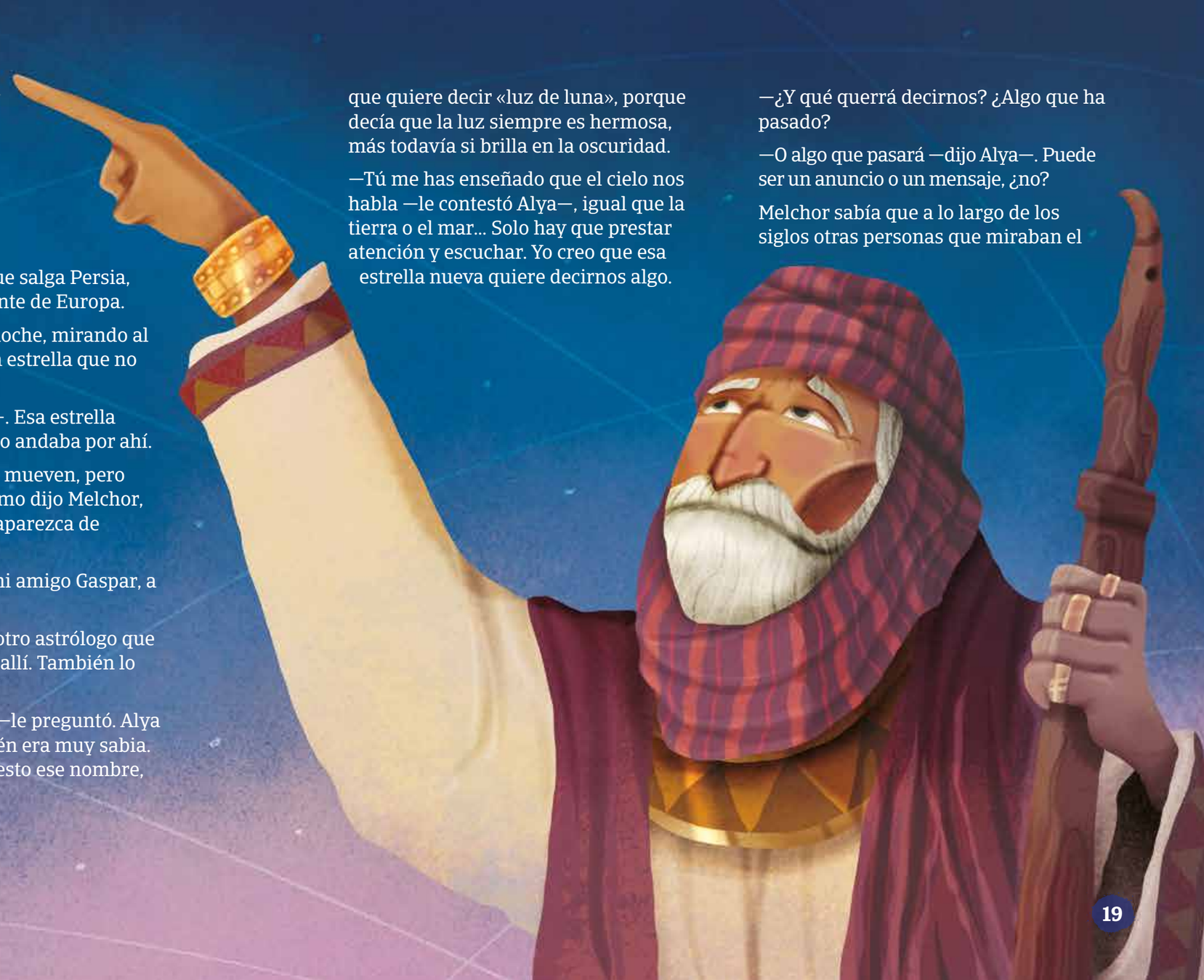
—¿Qué opinas, Alya? —le preguntó. Alya era joven, pero también era muy sabia. Su madre le había puesto ese nombre, que quiere decir «luz de luna», porque decía que la luz siempre es hermosa, más todavía si brilla en la oscuridad.

—Tú me has enseñado que el cielo nos habla —le contestó Alya—, igual que la tierra o el mar... Solo hay que prestar atención y escuchar. Yo creo que esa estrella nueva quiere decirnos algo.

—¿Y qué querrá decirnos? ¿Algo que ha pasado?

—O algo que pasará —dijo Alya—. Puede ser un anuncio o un mensaje, ¿no?

Melchor sabía que a lo largo de los siglos otras personas que miraban el



cielo habían entendido mensajes sobre cosas que iban a pasar. ¿Y si esa estrella era, como decía Alya, un anuncio? ¿Pero qué estaba anunciando? Tendría que consultar sus libros y hablar con más gente.

Y empezó a buscar. Todas las noches, mientras observaba la misteriosa estrella, se seguía preguntando: ¿qué anuncio importante nos quieres dar? Y buscaba y rebuscaba... pero no encontraba la respuesta.

De todas formas, Melchor no descuidaba su trabajo, sus obligaciones... y una curiosa afición que tenía toda la familia: hacer regalos. En vez de comprarse cosas que no necesitaban, o de tener esto o lo otro, la familia de Melchor hacía regalos. En cuanto se enteraban de que alguien necesitaba algo y no lo podía conseguir, se lo daban. Era la familia más generosa de toda Persia, y posiblemente del mundo. Lo que más les gustaba era regalar juguetes a las niñas y los niños de la ciudad, porque sabían agradecer y disfrutar lo que recibían.

A veces les preguntaban por qué hacían eso.

—Porque dar y ayudar te hace feliz —respondían.

—Pero si dais lo que tenéis no os vais a hacer ricos —les decía la gente.

—¿Para qué queremos serlo? Una persona rica solo piensa en tener más y más, y acaba dando su corazón al dinero. Nuestra familia quiere ser feliz. ¡Ah!, y que también lo sea todo el mundo.

A mucha gente eso les parecía muy raro, pero es que la familia de Melchor era especial... especialmente buena y feliz.

Y por las noches, cuanto todos dormían, él seguía observando el movimiento de aquella estrella. «¿Por qué has aparecido ahora?», decía para sí. Como no encontraba una explicación, esperaba la visita de su amigo Gaspar, al que había llamado en cuanto vio la nueva estrella. Quizá entre los dos hallarían una respuesta.



Día 12

Luces

—¿Cuándo vamos a ir a ver las luces? —preguntó Alicia.

Se refería a las que ya llevaban semanas encendiéndose en las calles del centro. Porque en su barrio no había alumbrado de Navidad. Estaban las farolas y los semáforos de siempre, nada más. Alicia sabía que el centro estaba lleno de figuras luminosas increíbles y juegos de luces alucinantes. Así se lo había dicho Leo, un amigo de clase que lo había visto, «son alucinantes».

—Bueno, cuando llegue Navidad y tengas vacaciones en la escuela ya iremos alguna tarde a pasear por allí —le respondió su madre.

—Pero yo quiero verlas ahora.

—Te propongo otra cosa —dijo la mamá—: en vez de eso, ¿por qué no nos fijamos en las luces de Adviento?

—¿Luces de Adviento? —preguntó Alicia con cara de incredulidad—. Si eso no existe.

—¿Cómo que no? La cosa es que hay que saber verlas...

—Pues yo no he visto ninguna.

—A veces es un poco difícil. Precisamente el alumbrado ese tan alucinante con tantos colores y juegos de luces no nos deja fijarnos en las luces de Adviento.

—¿Pero dónde están?

—Ven, Alicia, vamos a salir al balcón. Ya ha oscurecido y las podemos contemplar.

Madre e hija abrieron la puerta del balcón y se apoyaron en la barandilla. Hacía frío, y por eso se habían abrigado como si fueran a salir a la calle.

—¿Dónde están esas luces? —volvió a preguntar Alicia.

—Ahí veo una, en aquella ventana —le dijo su madre.

—¿Dónde, dónde?

—Ahí, en el cuarto piso de la casa de enfrente. Un niño y una niña están jugando con su padre... Mira cómo ríen. Y se han abrazado ya un par de veces.

—¿Pero eso es una luz?

—Y allí, en la esquina. Ya conoces a Julián, que anda todo el día en la calle. Como hace frío esas vecinas lo están acompañando al bar para que pueda cenar.





—¿Y dónde está la luz?

—¡Esa es la luz! —respondió la madre—. Mira esa otra ventana...

—¿Cuál?

—La de ahí —le dijo, señalándola con el dedo—. Ese chico está cocinando después de venir de trabajar. Yo lo conozco, hace la comida para sus padres, que son mayores y viven en otro barrio. Después se la lleva a casa y está con ellos hasta que se acuestan.

—Pero...

—Hay luces en casi todas las casas. Muchísimas. Aquí también tenemos una luz de Adviento. ¿No la ves? Mira: estamos juntas hablando... y te quiero mucho.

—¿Y eso es luz?

—Es una luz que no deslumbra. No nos ciega, ni está llena de colorines que bailan... nos ayuda a ver, que es lo que hace la luz verdadera.

—¿Y qué se ve? —preguntó Alicia.

—Que las personas tienen corazón. A mí estas luces que se ven ahora en el barrio me dicen que de la gente también podemos esperar lo mejor. Eso es el Adviento: tener esperanza.

—¿Y las luces de Navidad?

—Las luces que han puesto en el centro de la ciudad se llaman de Navidad, pero no sé... sirven para ver cosas, no personas. Me parece que las han puesto para que compremos y gastemos, no para que seamos mejores.

—Pero son muy bonitas —dijo Alicia.

—Sí, son alucinantes —le contestó su madre sonriendo—. Ahora mira hacia arriba.

Era una noche despejada, no había ni una nube. Alicia levantó la mirada y vio que en el cielo brillaban la luna y las estrellas.

—¿Ves cuántas luces? Y qué hermosas, ¿no? —siguió hablando la mamá—. Si estuviéramos en el centro el alumbrado ese tan aluciante no nos dejaría darnos cuenta de que están ahí.

—Son muy bonitas, mamá.

—Y nos hablan de Dios, nos dicen que nos quiere y nos cuida. Yo, cuando las contemplo estos días de Adviento, pienso que son las mismas luces que María veía por las noches esperando el nacimiento de Jesús.

—¿Sabes qué? —dijo Alicia.

—¿Qué?

—Ya iremos algún día a ver el alumbrado del centro, da igual. Prefiero las luces de Adviento.